



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 7.

JUEVES 14 DE ABRIL DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

MÉTODOS DE ENSEÑANZA, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—EL ESPÓITO, cuento escrito en ruso, por Gregorowitch, (traducido directamente al castellano). (Conclusion).—LA LOCURA CONTAGIOSA, (anécdota del siglo XVII), por Hartzenbusch.—¿QUE TE PARECE? (letiría), por Adolfo Miralles de Imperial.—QUITO.—ALMAS GEMELAS, por José Villete.—LA CAJA DE MIS PAPELES, por Juan de la Cruz Rovira.—LENGUAJE DEL ARABIGO.—A INOCENCIA, por V. M. de Carvajal.—TEATROS, por Roberto el Diabolo.

MÉTODOS DE ENSEÑANZA.

Difícil, si no imposible, es comprender en las cortas líneas de un artículo, la multitud de ideas que despierta en nuestro espíritu la sola enunciación del epígrafe con que encabezamos el presente. Asunto sería para un trabajo especial, escrito por mejor cortada pluma que la nuestra, y que si por desgracia en España no ha ocupado á los hombres de la ciencia, ha sido objeto de mas de una notable investigación en naciones extranjeras, y principalmente en Alemania, en ese cerebro de la Europa moderna, según la feliz y exacta frase de un escritor.

Nosotros, por lo tanto, tendremos que caminar en mas reducido espacio, pero sin que por esto dejemos de indicar, á lo menos nuestras ideas sobre tan importante ramo de la instrucción, haciéndolo hoy de las bases que deban servir para plantearlo desde que el niño se prepara á recibir los primeros rudimentos de su educación intelectual.

Desgraciadamente la cuestión de métodos para enseñar, ha sido mirada de muy antiguo en nuestra patria con un notable abandono, siguiéndose únicamente el tradicional sistema que, reduciendo al alumno á una lastimosa pasividad, desarrollaba solo una parte de su inteligencia, la memoria; y aun esto de tal modo, que mas bien se les formaba una me-

moria instintiva, si así pudiera decirse; de palabras, y no de pensamientos, consiguiendo hacer que los jóvenes supiesen el signo de la idea, pero careciendo de ella, y adjudicando premios no á los mas aprovechados, sino á los que tenían la facilidad de retener mas número de palabras.—Para iniciar al niño en los conocimientos humanos, se ha invertido el orden procediendo en sentido contrario del que la misma observación filosófica nos indica. A semejanza de lo que hemos manifestado en otras ocasiones cuando establecimos que la ciencia debiera buscar al hombre en cualquier condicion que se encontrase, para los métodos de enseñanza el principio que en sí encierra todas las múltiples aplicaciones de la misma, la primera verdad en esta materia que aun todavía no quiere recibirse por la generalidad, es que *no es el hombre quien debe aplicarse á las ciencias, sino las ciencias al hombre.*

El joven necesita ideas concretas para elevarse á las abstractas; no ideas abstractas, que aun no puede comprender, para descender á las concretas. Por no conocerlo así, vemos que la educación de la juventud en su primera época queda sin resultados, y que quizá aquel niño que mas se distinguió en el certámen público recitando largos períodos de memoria, suele ser mas tarde el que mas carece de ideas.

La clave de la verdadera enseñanza, no se funda en la mera comunicación de reglas inanimadas y abstractas, en definiciones áridas y superiores á la inteligencia de los discípulos, sino en desarrollar la actividad del niño en recibir intuiciones, y descubrir por esa actividad de sí propio los errores y equivocaciones en que haya incurrido.—La conciencia de nuestro espíritu es el mayor distintivo del *ser inteligente*: es preciso, pues, acostumbrar al joven á *sentir que siente, y á reflexionar que reflexiona*. Despierta de este modo la actividad intelectual, podrá el niño adquirir

ideas; de otro modo solo adquiere palabras.

Estimular la atención excitando la *curiosidad* que lleva al hombre á los mayores adelantos, vigorizar aquella, fijar el pensamiento, establecer la armonía entre éste y el signo exterior de comunicarlo por medio del lenguaje, hé aquí la base del método en la enseñanza durante los primeros años de ella, y que nunca, debe perderse de vista aun en la enseñanza complementaria, si bien modificándola con relación al estado de adelantamientos intelectuales y científicos del joven.

La naturaleza y el mejoramiento social han de ser los puntos de partida en la enseñanza.

La naturaleza, esa gran maestra de todas nuestras observaciones relativas á ella misma, siempre que en materia de enseñanza nos separemos de la marcha que sigue, vendremos á caer en el error, y mientras mas adelante vayamos en nuestro camino, mas nos apartaremos del fin á que nos dirigimos.

Ella nos enseña, que no en todos es igual el desarrollo natural de la inteligencia.

Que las ideas van adquiriéndose gradualmente y con tal enlace, que formando una larga cadena, no podría eslabonarse un extremo con otro, si se hallaba interrumpida en los intermedios.

Que en la adquisición de ideas que nos vienen del mundo exterior, siempre se va en escala ascendente, de lo conocido á lo desconocido, de lo fácil á lo difícil, de lo próximo á lo remoto.

Que el estímulo y la variación son los mejores medios de conservar siempre activa la curiosidad.

Luego la enseñanza en su primera época, si ha de dar beneficiosos resultados, debe ser conforme á la marcha de la naturaleza.

Ha de darse teniendo en cuenta el grado de desarrollo natural en que se encuentra el discípulo.

No debe procederse en ella con inconse-

cuencia, dejando en claro ideas que han de enlazar á las que les subsiguen.

Debe seguirse el método de intuiciones, y no enseñarse por lo tanto sino siguiendo una marcha analítica y sintética á la vez.

No debe pasarse á dar un conocimiento, sin que el anterior esté asimilado en el espíritu del jóven.

Debe procurarse quitar al estudio la monotonía que le hace pesado y enfadoso y presentarlo con el atractivo de una variedad bien entendida.

Pero con estos principios, base de la enseñanza, emanados del examen de la misma naturaleza, no lo habíamos conseguido todo. El hombre vive en sociedad, y es necesario por lo tanto armonizar la enseñanza con ella, si ha de producir los beneficiosos resultados que se apetecen, si ha de ser *bien dada*.

La sociedad se renueva con los individuos que constituyen las generaciones.

De la manera con que estos individuos se formen por la educación, ha de depender su buen ó mal destino.

Los conocimientos, por lo tanto, que empiecen á inculcarse en el espíritu del jóven, han de ser de tal clase que le vayan preparando para que él mismo sea el agente de su porvenir.

La vida de la escuela ha de ser *introducción de la vida social*.

Por eso es necesario que la instrucción, aun en su primera época, se dé de tal modo, que ofrezca un valor real para el discípulo, en armonía con la clase de trabajos á que haya de dedicarse cuando pase á ser miembro útil de la sociedad.

Por eso no debe sobrecargárseles de conocimientos que aunque tengan un valor absoluto, pierdan el relativo por las circunstancias especiales que han de caracterizar el porvenir del individuo.

Por eso, en fin, es necesario que se procure ir armonizando la vida del jóven, con la futura vida del ciudadano.

Fijando los métodos de enseñanza bajo estas bases en su primera época, modificadas en las posteriores segun lo vayan exigiendo el estado de desarrollo de los jóvenes, y las diferentes clases de estudios á que tengan necesidad de dedicarse, casi nos atrevemos á asegurar que, saliendo la instrucción de las envejecidas rutinas hasta hoy seguidas, se conseguirán los fines que tantas y tan repetidas veces se han indicado, preparando de este modo el día feliz en que *bien dada y generalizada* esa misma instrucción, presentase verdaderamente regenerado al pueblo, y capaz á la vez de conquistar un puesto avanzado en el camino de la civilización; de ir sembrando en el difícil campo del porvenir la fecunda semilla de la futura dicha del Estado.

Pero no debemos contentarnos con las indicaciones apuntadas. Demos mas amplitud á las ideas, y pasemos á examinar la manera con que podía plantearse el mejor método para la primera instrucción, siguiendo los principios emitidos, dando á conocer ante todo, procediendo lógicamente, el método de intuiciones, debido al pensador Pestalozzi, lo cual será objeto de nuestro examen en el siguiente artículo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL ESPÓSITO.

CUENTO ESCRITO EN RUSO POR GREGOROWITCH.

(TRADUCIDO DIRECTAMENTE AL CASTELLANO).

(CONCLUSION.)

El anciano con los dos niños en brazos pedía aun misericordia.—¡Oh! señor, decía, yo no puedo, no puedo...

—Entonces, si no le tomáis llamaré inmediatamente á la policía. ¡Andad! Sebastian, conducidle hasta la puerta de la calle.

—Permitidme por Dios, una palabra, os lo ruego.

—Ni una sílaba, tomadle y marchad, repitió el doctor señalando la puerta.

—Seguid á ese hombre, dijo en voz baja el doctor á Sebastian en el momento en que marchó el abuelo Garassim, y tened cuidado de que no vea que le seguís. Mirad dónde vive y volved inmediatamente á decírmelo. Despachaos y decid al cochero al mismo tiempo que ponga los caballos al trineo.

VI.

LA VISPERA DE AÑO NUEVO.

El año nuevo estaba ya para empezar y las gentes se acordaban tan poco del año que iba á concluir como de Jasha Giletnikoff. Habían olvidado completamente al pobre año viejo que había gastado una gran parte de su fuerza juvenil, tratando de presentarse á los habitantes de San Petersburgo con una primavera temprana, esforzándose en hacer habitables sus casas de campo un poco antes del tiempo ordinario, y adornando sus jardines con flores á las que había regado con una lluvia templada. Todo esto estaba olvidado y el año viejo semejante á un anciano débil, que durante su vida da todo lo que posee á sus ingratos hijos, como el nonagenario rey Lear echado por sus hijas, se apresuraba á dejar la ciudad y aparentemente se dirigía al cementerio de Smolensko.

El abuelo Garassim estaba casi dispuesto á seguir el ejemplo; entre él y el año viejo había varios puntos de semejanza; uno y otro terminaban su carrera y ninguno de los dos podía ser de la mas mínima utilidad para nadie.

—¡Qué víspera de año de nuevo! se decía á sí mismo el anciano casi maquinalmente, cuando sonaban las once de la noche, y este sonido era llevado por la atmósfera clara y glacial desde algun campanario distante. ¡Será un año nuevo! seguía diciendo, mientras que levantaba alternativamente sus rodillas para sostener en el puesto á propósito cada una de las dos cargas infantiles que llevaba.

El lector no necesitará que le digamos la perplejidad y la alarma del anciano, cuando por fin llegó á su casa, ni cómo se detuvo en el vestíbulo, ni cuán terriblemente inflaba sus mejillas como si tocara el clarinete. Sin embargo, como ambas criaturas empezaron á llorar del modo mas despiadado, no tuvo que pensar en el medio que había de escoger, sino que entró sin detenerse mas.

—¡Aquí están los regalos, aquí están! gritaron los niños al ver entrar á su abuelo con dos bultos grandes; pero bien pronto advirtieron su equivocación y se retiraron al otro extremo del cuarto, llevando pintada en sus pequeños rostros la espresión del mas completo asombro.

Masha se despertó por el ruido y hallando que la habían quitado del lado á su hijo, echó una mirada investigadora hácia Jasha. Este se hallaba sin embargo en un estado tal de confusión, que le fue imposible pronunciar ni una sola palabra. Entonces la madre inquieta vió que el niño estaba en los brazos del abuelo Garassim, y dió un salto cuando percibió que tenía sobre sí, no uno, sino dos niños.

—¡Qué es esto, padre? exclamó con una espresión de terror.

—¿Qué quiere decir todo esto? dijo Jasha no creyendo á sus ojos.

—Aguarda... espera un poco, dijo el anciano de un modo incoherente. Luego despues de una pausa añadió tratando de sonreír: el hecho es, Masha, que el niño no te hubiera dejado dormir y por lo tanto pensé llevarle un poco al aire y entonces... y entonces... cuando volvía, miré hácia abajo y ví á este niño que yacía sobre el suelo.

Jasha pareció herido por un rayo.—Llevalle á donde le habeis encontrado, padre mio, exclamó agarrando nerviosamente el paletot del anciano, llevalle á donde le habeis encontra-

do. El pecado no caerá sobre nuestras cabezas, sino sobre las de aquellos que le han abandonado. Como quiera que sea, todos nos estamos muriendo de hambre.

—¡Deteneos! ¿qué vais á hacer? gritó Masha con frenesí. Dadme ese pobre niño; Dios es misericordioso y oirá nuestras súplicas.

—Eres una mujer buena y compasiva, pero ¿no están nuestros propios hijos sin tener un átomo de alimento?

—¿Le habíamos de dejar en la calle? replicó Masha. ¿Quién sabe? esto puede hacer que Dios nos ayude. Yo me pondré mejor y no habrá tal necesidad en casa. Has dicho que el hombre del baño iba á mandarnos algo esta noche... como quiera que sea tarda mucho en venir... ves á verle Jasha, ves á verle y en todo caso trata de que te dé lo suficiente para comprar un poco de leche.

—Tranquilízate, tranquilízate, dijo Jasha con indecisión; padre vendrá conmigo. Y haciendo una seña al anciano para que le siguiera, salió de la habitación.

—¿Qué habeis hecho? le dijo Jasha al anciano cuando se hallaron solos en el corredor.

—No me preguntes nada y déjame ir primero por leche, replicó el abuelo Garassim. Yo te lo contaré conforme vamos andando.

—¿Leche? pero no tenemos dinero alguno, vos sabeis tan bien como yo, que el hombre del baño no nos quiere dar nada.

—Ya lo sé, pero te diré lo que haremos. Voy á ver á Ana Ivanowna, y la pediré 20 kopekes; conozco su buen corazón, y cuando la refiera lo que ha pasado, no se negará á dármelos.

Entre tanto Jasha se volvió á la habitación diciendo que el abuelo traería el dinero.

—Mira Jasha, dijo Masha señalando al niño, ¡qué magnífica mantilla tiene este niño, y qué gorra! pero la gorra es de seda entretelada y qué pañales tan finos y qué camisa... este niño debe ser de alguna persona rica. ¡Dios mio! ¡y estas gentes abandonan así á sus hijos!

En este momento el anciano que había recibido el dinero de Ana Ivanowna, volvió seguido de esta misma y del amo de la casa que estaba indignado por haber oído la adición á la familia de Jasha Giletnikoff.

—¿Qué significa todo esto? exclamó colérico Basilio. No podeis pagar lo que debeis y teneis valor para tomar otra persona mas.

—Es un niño en pañales, Basilio Afanawitch, exclamó el abuelo.

—Niño en pañales ó no, pagad ahora vuestro alquiler ó marchad fuera de mi casa.

—¿Qué es todo esto? dijo el doctor que entró súbitamente.

—¿Todo esto? que deben pagar por su habitación, contestó Basilio con un tono insolente.

—¿Y quien sois vos? preguntó el inesperado doctor.

—Soy el dueño de esta casa, repuso Basilio con vehemencia.

—¡Ah! ¿vos sois el dueño de esta habitación? dijo con viveza el doctor sacando su libro de memoria, ¿os deben mucho?

—Me deben 3 rublos, pero nada teneis que ver en ello, es un asunto mio.

—Aquí está vuestro dinero, exclamó el doctor, y ahora no teneis nada que hacer en esta habitación; así, pues, salid de una vez.

—¿Cómo os atreveis á hablarme así á mí? Yo soy aquí el dueño.

—No, os repito que no sois aquí el dueño, puesto que se os ha pagado lo que os debían. ¡Salid de aquí!

Viendo el doctor que Basilio vacilaba aun, le hizo salir sin mas ceremonias.

La buena Ana Ivanowna permaneció todavía y por algun tiempo miraba con cierto orgullo al doctor como si hubiera deseado hacerle conocer que no era una persona ordinaria, sino que su padre había tenido una tienda de barbero en la calle de Wladimir, que tenía su capital propio, etc., etc., á lo último, sin embargo, desapareció tambien.

Masha estaba sentada sobre la cama teniendo

á los dos niños y temblando todo su cuerpo; Jasha con el pañuelo de su mujer puesto, estaba como una estatua; el abuelo Garassim debajo de cuyo paletot aparecian los rostros de los niños que se hallaban asustados, movia incesantemente sus manos é inflaba los carrillos. Sin embargo, el primero en hablar fue el mismo abuelo.

—Señor, bienhechor nuestro, empezó á decir, creíamos no estar jamás en disposicion de pagar el alquiler de la casa y ahora... el cielo será quien os ha enviado.

—Tranquilizaos, dijo el doctor aquietándole. ¿Sois el padre de estos niños? continuó dirigiéndose á Jasha.

—Sí señor, yo soy, tartamudeó Jasha deteniéndose á cada palabra.

—¿Y es esta vuestra mujer?

—Sí señor, mi mujer.

—No tembleis así, no hay nada por qué temblar, dijo el doctor acercándose á Masha. Soy médico y he venido principalmente con la idea de ver de haceros algun bien.

—Dadme vuestra mano. ¡Bah! esto no es nada, continuó tomándola atentamente el pulso y mirándola al rostro. Padeceis únicamente por debilidad; espero que pronto, muy pronto, estareis mejor.

El doctor miró de un modo escudriñador á todas partes, pero como no habia ni pluma, ni tinta, ni papel, arrancó una hoja de su libro de memoria, la puso sobre su mano y escribió precipitadamente algo en ella con un lápiz.

—Tomad y espero que en una semana estareis del todo bien, dijo doblando el papel. Vuestro marido se le llevará al instante al boticario. Mi trineo está esperando á la puerta; aquí hay dinero para el medicamento, añadió alargando la mano á Jasha Giletnikoff.

—Pero señor, ¿por qué nos dais todo esto? dijo el anciano Garassim levantando sus manos.

—¿Cómo podremos daros gracias jamás por vuestra bondad! Vos sois nuestro ángel guardián. ¡Oh! ¡no nos dejéis! sed nuestro bienhechor hasta lo último. Ved señor qué vida llevamos; no tenemos nada que comer y tenemos cinco hijos; sed padre para nosotros y no nos hagais cargar con otro hijo; nosotros no sabemos qué hacer con los nuestros propios, dijo Jasha Giletnikoff, á quien el anciano Garassim le habia contado en voz baja toda la aventura pasada, en tanto que el doctor estaba recetando para Masha.

—No, no puedo hacerlo así; el niño debe quedar con vos, contestó el doctor alegrememente. Hace una hora poco mas ó menos que vuestro suegro sin duda con vuestro consentimiento, me llevó uno de vuestros hijos para que tuviera cuidado de él.

El doctor fue interrumpido aquí por los sollozos terribles de Masha.

—¡Jasha, Jasha! ¡Padre mio! ¿era esto lo que vos habiais ido á hacer? exclamó estrechando apasionadamente á su hijo contra su pecho mientras las lágrimas corrían de sus ojos.

—¿No sabia nada acerca de ello? preguntó el doctor.

—Nada absolutamente, señor, contestaron á un tiempo el marido y el padre.

—No teneis nada por qué llorar al presente, dijo el doctor acercándose á la cama y tomando la mano de la pobre mujer. Vuestro hijo está ahora á vuestro lado y no se separará jamás de vos; por lo tanto es una locura el llorar así. Por el contrario, debeis alegraros, añadió con una sonrisa. Veo que sois alicionada á niños; y en vez de tener uno de pecho vais á tener que cuidar de dos ahora. Enjugad vuestras lágrimas, porque debeis creerme, mi niño no os será gravoso en lo mas mínimo, al contrario. Por ejemplo, aquí teneis mucho frio.

—Hace dos semanas que no se ha hecho fuego aquí, dijo el abuelo Garassim.

—Ahora bien, mi niño está acostumbrado al calor; así pues, teneis que comprar leña inmediatamente y encender la chimenea. Aquí hay dinero para la leña; en segundo lugar mi hijo está acostumbrado á cenar antes de irse á

dormir; debeis preparar en el momento una cena excelente. Además de esto, mi niño tiene que daros tambien para el año nuevo, pero hablaremos de esto despues. Lo principal es ahora tratar de preparar la cena, porque no es posible entrar en el año nuevo con el estómago vacío.

Habiendo dicho esto, el doctor sacó varias notas de su libro de memoria y dirigiéndose hácia Jasha, se puso á hablar con él en voz baja. Masha no podia oir mas que la voz de su marido que decia de cuando en cuando ¡oh bienhechor nuestro! ¡sois un padre para nosotros! ¡Dios os recompensará por vuestra bondad! Por último, la conversacion terminó y poniéndose sus sombreros en seguida, Jasha y el anciano salieron apresuradamente de la habitacion. El médico entonces se adelantó hácia la cama de la enferma, y empezó á preguntarle del modo mas cariñoso, acerca de su vida anterior, de sus desgracias y de su posicion presente. Jamás su rostro severo habia expresado tanta amabilidad ó inspirado tanta confianza. El sabio habia desaparecido y únicamente quedaba el hombre. Los niños hacia ya largo rato que habian cesado de temer á esta persona inesperada, y se habian apiñado en derredor suyo mientras estaba hablando con Masha.

Por último, el abuelo apareció llevando un haz de leña á la espalda, un saco en uno de sus hombros y una botella en el pecho. Jasha iba detrás de él con un bulto pesado en cada mano.

Habiendo puesto sus cargas sobre lo que habia de mesa, ambos quedaron en pie delante.

—Apresuraos, dijo el doctor, ó el nuevo año nos encontrará en una habitacion fria. Entonces abriendo los bultos sacaron un par de aves asadas y algunos pasteles de carne. El anciano habia entregado ya á Masha una botella con leche. Despues abrieron otro bulto con el que los niños se pusieron muy contentos y dieron gritos de alegría porque hallaron que contenia cajas de dulces y hermosos juguetes, tales como caballos de madera y muñecas de cera con las mejillas sonrosadas.

—Ahora ante todo vamos á cenar, dijo el doctor, y el que primero se siente tendrá mas juguetes. La familia comenzó de nuevo á darle gracias, pero el doctor los aseguró que sino guardaban silencio y empezaban á cenar, se marcharia inmediatamente.

Cuando hubieron desaparecido las aves, el doctor le dijo á Jasha. Como es costumbre hacer regalos en año nuevo y vos habeis sido tan bueno que me ofrecisteis uno de vuestros hijos hace una ó dos horas, yo quiero pagaros en la misma moneda; pero mi niño considera que no es suficiente por sí mismo y se cree aun deudor vuestro. Al decir estas palabras el doctor, sacó una carta de su bolsillo y empezó á leerla en alta voz. Esta carta contenia una relacion, en la que manifestaba que el niño enviado tal dia de diciembre á casa del doctor... pertenecia á padres ricos, que por circunstancias particulares se veian obligados á ocultar su nacimiento; que cierta cantidad de dinero estaba depositada en el banco y que los intereses de ella, que ascendian á 1,000 rublos anuales, serian pagados á las personas que le tuvieran á su cargo y cuidaran de su salud.

El lector comprenderá fácilmente el efecto que las palabras del médico producirian sobre Jasha Giletnikoff y su familia; nosotros no podemos tratar de describir el regocijo, la risa y las lágrimas de alegría que siguieron á este anuncio. Tampoco es posible decir cuánto hubiera durado todo esto, si el doctor no hubiera sacado de pronto su reloj y no hubiera dicho á sus huéspedes que llenaran sus vasos, porque en aquel momento eran las doce en punto.

Pero ¡no! yo no puedo violentar por mas tiempo mis sentimientos y salgo del oscuro rincon donde he estado durante estas cinco horas, descubro mi incógnito, corro hácia el

organillo, encima del cual está la botella, echo un vaso de vino para mí mismo, y sin cuidarme en lo mas mínimo de la sorpresa de todos los presentes, me pongo en medio de la habitacion, y levantando en el aire mi vaso grito con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Nuevo año y nueva fortuna para todos vosotros!»

FIN.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

ANÉCDOTA DEL SIGLO XVII.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, córtase á la sazón de Felipe III, subian una tarde de otoño de 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y saya de jerga, es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso (dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pie en el primer escalon), se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro.—¿Parece á vuesa merced, señor cura (replicó la beata), que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?—Aun (replicó el médico) no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo.—Ahora (prosiguió el cura) nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena; porque, hasta aquí, mas nos ha aturrido con exclamaciones, que instruido con noticias.—Por eso rogué á vuestas mercedes (dijo Magdalena) que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

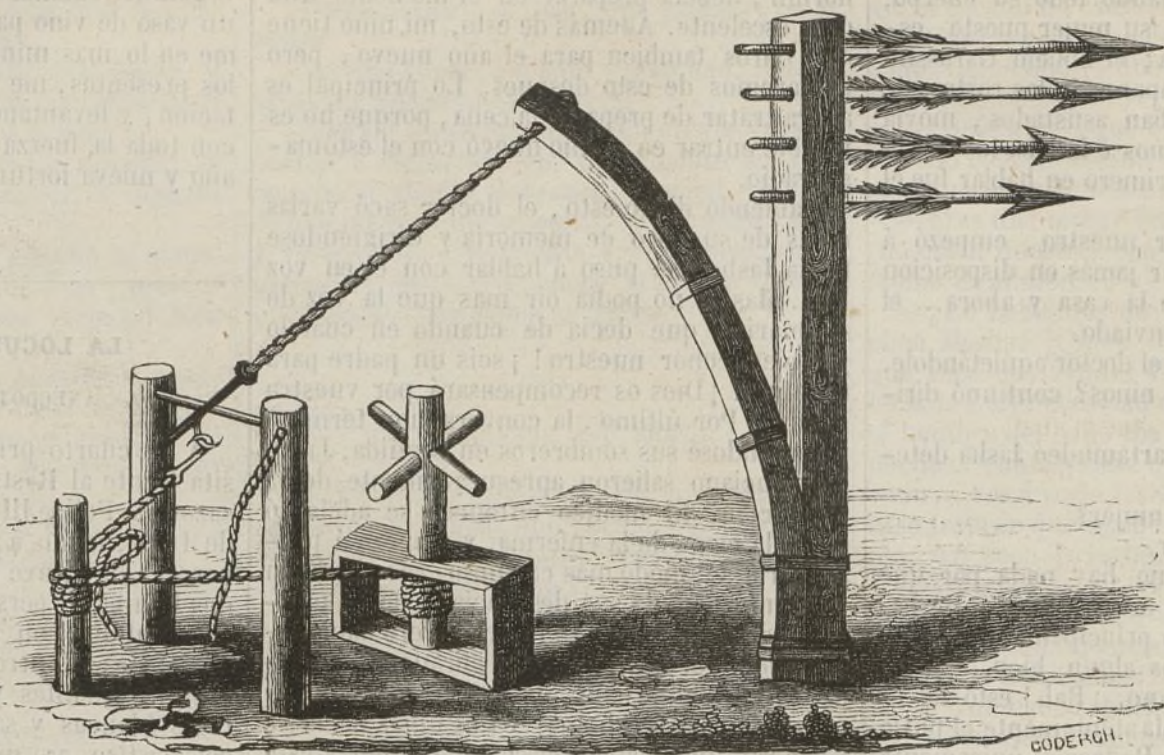
Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido ¿quién es?, Magdalena respondió: «Abre, María.» Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aun el amo en su cuarto. «Todavía está allí (contestó María); y tan enfascado como siempre.—Vuestas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo la beata á sus dos acompañantes entonces; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró la moza; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion.

EL CURA (*Bajito.*)

Con que díganos vuesa merced: ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de cabeza?

MAGDALENA.

Donde reclinarse la mia me falte, señor cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuestas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído, y de ordinario contesta fuera de propósito; á mi entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con



ARMAS ANTIGUAS.—La Ballesta. (Véase la pag. 24.)

su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MÉDICO.

Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA.

Es que hay otra cosa, y á fe que el señor cura me dé la razón. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habían de dar que decir al mundo! las ¡redicciones de los padres...

EL CURA. (Tomando el chocolate que trae la criada.)

Ciertamente son avisos de Dios. (Ap. Agasajo de chocolate como éste, bien se podía perdonar.)

EL MÉDICO. (Despachando su jicara.)

Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan...

MAGDALENA.

¿Que han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor! En otro tiempo escribía comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibían bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenía le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendían muy poca utilidad; como fue soldado, no se da maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende: con que ya ve vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie

de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamás se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuestas mercedes si es para estrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso!» Portiaba el labrador que no había que mudar al tal nombre nada, y mi hermano que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos: el labrador harto molino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habíamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad; y al subir una loma, encima de



Trages de Quito. (América.)

la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chiquelo; mi hermano acudió á él, le alzó, y le hizo volver en su acuerdo; ¿pero querrán vuesas mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reírse, esclamando: «¡También es rara casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!»

EL CURA.

Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR.

Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

MAGDALENA.

Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

EL DOCTOR.

Cierto que sí.

MAGDALENA.

Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el emperador...

EL DOCTOR.

En efecto, yo he sido.

EL CURA.

¿Qué lance es ese?

EL MÉDICO.

Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio



LOCURA CONTAGIOSA.—Miguel de Cervantes Saavedra.

de San Gerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su magestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que armar su tramoya; y cuando estuvo lista, dijeron al emperador que viniese á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su magestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo las de los nuestros que le perseguían; el emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un

momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre; que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesas mercedes, señor cura, ¡qué efecto harían estas espresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al rey francés para que no se nos huyera.

EL CURA.

Yo, por mí, le juro á vuesas mercedes que mas hubiera querido presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA.

Pues bien: refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada, diciendo: «¡Brava aventura para achacársela á un titerero!»

EL MÉDICO.

¡Tratar de titerero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA.

Pues ¿y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

EL CURA.

¿Qué? ¿Se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

MAGDALENA.

No; pero dijo que él había de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al vicario y prior del Carmen que lo consintieron.

EL CURA.

Y ¿qué es lo que quería dar á los reverendos?

MAGDALENA.

Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.



PANORAMA UNIVERSAL.—Vista de Lisboa.

EL CURA.

¡Palos á ministros de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA.

¡Gracias á Dios que se convencen vuestras mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata; y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién había de ser el que hablase el primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á San Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, y el cura había cerrado la puerta conforme antes estaba: el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fue posible ver al maniático ni al cura, ni oírles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reía mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de inspiracion profética, prorrumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): «¡Ay! señor doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura?—Oiga vuesa merced, contestó el doctor; pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor mas suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalía sobre la del cura. Aquí fue la confusion y apuro de Magdalena. «¡Tambien, esclamaba, tambien el doctor se ha contagiado! ¡tambien el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles, que aparecieron en la sala: dos jóvenes y dos respetables matronas. ¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan.—¡Loco mi marido!—¡mi padre!—¡mi hermano!—¡mi tio! exclamaron á la vez las cuatro.—Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina.—Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá adentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano!—Es menester que yo aclare esto,» dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría. A los dos minutos, ya reía Catalina como los demás. Fueron entrando sucesivamente, atraídas de la curiosidad, mezclada con una buena dosis de miedo, doña Andrea, Isabel y Constanza, y á todas tres sucedió lo mismo: de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondía mas recio: «No en mis dias: ¡guarda Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el

juicio.—Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto; el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traía unos papeles en la mano. Salían todos fatigados de lo descompasadamente que habían reído; y el cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora, la razon de mi buen feligrés el alcalaino, se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las locuras escritas de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.—Mira, dijo entonces el hermano, alargando á la beata los papeles que había sacado; mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

HARTZENBUSCH.

¿QUE TE PARECE?

LETRILLA.

Espléndido comerciante
Que derrocha su dinero
En caprichos de elegante,
Y un dia dice «me muero»
Y hasta de un cuarto carece,
¿Qué te parece?

Hombre que ayer pobre y romo
Mas parecia un osario;
Y despues que es mayordomo
De un sujeto millonario,
Compra casas y florece,
¿Qué te parece?

Vieja, siempre charlatana,
Que presta al treinta por ciento,
Y echándola de cristiana
No deja pasar momento
Sin que un Padre nuestro rece,
¿Qué te parece?

Tosca criada que ayer
Sin atractivos ni hechizos,
No tenia que comer,
Y hoy peina sedosos rizos,
Y en carretela se mece,
¿Qué te parece?

Niña de edad de cincuenta,
Que en los treinta y tres se planta;
Pasa un año, no lo cuenta,
Y aunque su belleza espanta,
Firme se tiene en sus trece,
¿Qué te parece?

Vieja que dando un paseo
Apoyada de un buen mozo
Dice con gran regodeo;
«¡Qué bien me siento! ¡Ay qué gozo!
¡Esto me rejuvenece!»
¿Qué te parece?

Jóven rico que ha vivido
Dos ó tres años en Francia,
Y está desde que ha venido
Siempre dándose importancia
Y du bon vin nos ofrece,
¿Qué te parece?

Y el que al dia ¡oh maravilla!
Da doscientos tropezones,
Y compone una letrilla
Critizando en sus renglones
Lo que á muchos acontece,
¿Qué te parece?

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

QUITO.

Insertamos hoy la siguiente relacion, para que nuestros lectores conozcan uno de los manuscritos del viajero americano Caldas, nacido en Bogotá, aficionadísimo á la botánica y fusilado en 1816 por orden del virey español.

«Quito (1) es la ciudad mas poblada del virreino de la Nueva-Granada, y sin atender á lo que dice Ulloa, que calcula en 60,000 el número de sus habitantes, se estima que puede ser de 35 á 40,000, casi todos indios ó mestizos.

»La mayor parte de las casas son de adobes y mal construidas. Cubren los techos de hojas de maguey ó chaguarqueso (agave americana). El interior de las habitaciones es estremadamente sencillo, no adornándose mas que el salon donde se reciben las visitas, única habitacion que tiene las paredes cubiertas de papel y de pinturas muy groseras. Algunas lámparas fijadas en las paredes y una araña colgada del techo, sirven para alumbrar la habitacion. El suelo está cubierto de alfombras que se fabrican en el pais. Algunas mesas para escribir y canapés de seda completan el mueblaje, cuya pieza principal es la cama, que se halla en una alcoba ricamente dorada y tapizada de damasco ó de terciopelo. La madera de la cama es dorada, las sábanas son de hermosa tela de Holanda y se cubren de un cobertor de muselina, corriéndose de dia las cortinas para que se vea el lecho, objeto principal de los cuidados y de los gastos de los habitantes de Quito.

»Hay un vestíbulo á la entrada de las casas, y es muy sucio porque nunca se le limpia; los patios sirven de caballerizas y tienen la alfalfa para los caballos (*medicago sativa*) en la escalera, por lo cual los corredores, las antecámaras, el interior de las casas, las cocinas, todo está apestado y exhala un aire mefítico. En casi todas las casas hay un gabinete donde se retiran las señoras, y se llama *obrador*, habitacion de trabajo, no siendo nada menos necesario que esta pieza en Quito, donde aquellas pasan su vida en la ociosidad ó haciendo visitas. El *obrador* se halla bien adornado, aunque no haya presidido el gusto á su arreglo. Hay sobre los techos un terrado, en el que las señoras cultivan flores, á donde se vá para calentarse al sol y respirar el aire, lo cual no siempre es muy agradable, porque se han colocado en él los retretes: allí se friega la loza y se seca la ropa.

»La nobleza y la clase media habitan la parte alta de la casa, y el pueblo ocupa el entresuelo. Cada familia alquila una habitacion, lo que causa en cada casa una batahola y un ruido espantoso.

»Las calles son mal empedradas, sucias y estrechas, siendo raro encontrar fuentes en las casas, pues no se cuentan mas que tres en la ciudad; la cárcel nada tiene de notable; el hospital es pequeño y mal administrado, y en cambio el hospicio destinado á los pobres y á los huérfanos está bien dirigido y se distingue por el orden y la economía que en él reinan. Habian tenido el proyecto de establecer un asilo de mendicidad; pero como tantos otros, éste ha quedado sin ejecucion. Se encuentran en Quito pocos paseos, habiendo sucedido que el mas hermoso, formado por el presidente Villa Lengua, ha sido destruido por su sucesor.

»Cuesta la vida bastante cara en Quito; la vaca es de mala calidad, y no siempre hay seguridad de encontrarla, siendo aun peor el carnero, porque solo se matan las ovejas viejas. La leche no tiene crema, el queso es detestable, y como no le ponen sal, casi siempre está perdido, no obstante lo cual, el habitante de Quito hace de él gran consumo, pues lo come con la sopa, con los dulces, con el chocolate, por la mañana, por la noche, á todas horas, en fin.

»Estraen la sal de Guayaquil, prefiriendo la gris á la blanca. El azúcar que reciben de

(1) Quito comunica por el camino de Malbucho con el puerto de Carondelet, sobre el Océano Pacífico.

Ibarra es cara y de mala calidad; el quintal vale por lo menos 20 duros, y frecuentemente sube á 30. El género que tiene mas despacho, y que proporcionan los molinos de azúcar de Ibarra es la *raspadura*, que es una especie de chicha, de la cual bebe el pueblo una cantidad considerable. El cacao llega de Guayaquil y no vale tanto como el de Timana y el del Magdalena. Los dulces que se hacen en Quito son medianos, y las patatas excelentes, siendo esto el principal alimento. El maíz tiene poco sabor, siendo la causa de ello la elevación del país; las coles y las lechugas son buenas; hay en todas las estaciones peras, manzanas, diversas especies de duraznos, naranjas, cidras, limones, fresas, moras, yunas (*cactus opuntia*), aguacates (*palita*), papayas y melones, y llevan de los países cálidos bananas y ciruelas pequeñas.

»El agua de Quito es mala, y el pan no vale nada, aunque bien cocido, porque le mezclan harina de guisantes, de lentejas y de avena.

»Aprisionado en sus montañas, y no pudiendo obtener mercancías de Europa sino á un precio exorbitante, se ha visto obligado Quito á crearse muchos géneros de industria, teniendo esta ciudad manufacturas cuyos productos groseros, pero fuertes y sólidos, son muy buscados en Antioquia, en el Choro, en Timana, en Barbacoas y en Guayaquil, cuya última ciudad los paga en cacao, y las otras los compran con el oro de sus minas.

»Careciendo de modelos las artes, como la industria, están en la infancia; la escultura, cuyas obras llenan todos los monumentos de Quito, es aun bárbara, pues serviles imitadores de sus predecesores los Fidiás sin genio de esta ciudad, representan siempre á San Antonio de Pádua con un niño en brazos, á Santo Domingo con un perro á sus pies y á los ángeles con colas de pavo, todos en éstasis. La pintura se arrastra por el mismo carril, y la arquitectura está igualmente atrasada; pero la pasamanería se halla en estado de perfección. No sucede lo mismo con la carpintería, la ebanistería, la platería y la cerrajería. Los sastres y los zapateros carecen absolutamente de gusto.

»Puede decirse de las casas religiosas lo que se ha dicho de todas las demás y de todos los cuerpos que envejecen. Despléganse en ellas el escándalo de los partidos, las intrigas que los dividen, las simonías, el disimulo, las cobardes complacencias de los prelados hacia sus amigos, la sensualidad y los gastos profanos, deshonorándose el clero regular de Quito con todos los vicios para alcanzar la plaza de padre provincial, que da una autoridad verdaderamente absoluta sobre el convento, con el derecho de comerse las rentas y de prodigar sus riquezas.

»Hay dos colegios: el primero dirigido por los dominicos: vanas disputas de palabras, poca severidad para el trabajo y para el orden, muchas distracciones y esmero en el trage, tal es la disciplina en esta casa de educación. El colegio de San Luis no se halla mejor montado.

»Un número prodigioso de doctores de todas edades, categorías y condiciones reunidos bajo la dirección de un rector que ellos mismos eligen, constituye la universidad de Quito. Si se exceptúan algunos que se han instruido en el silencio, los demás son completamente ignorantes, por lo cual se manifiestan en los exámenes en extremo indulgentes, no experimentando jamás de su parte ni repulsas, ni reprensiones los jóvenes, quienes siempre responden bien. Júzguese del deseo que estos tienen de llegar á su vez á ser doctores, por lo cual Quito es el único país del mundo que desmiente el proverbio *non omnes doctores*.

»Sea por la timidez natural á su sexo; sea por la reclusión en que se las tiene, ó por la vigilancia de los obispos, las víctimas de la avaricia de los padres, de los celos de los hermanos ó de la desesperación conyugal, y frecuentemente también de un amor exaltado á Dios, practican mas exactamente que los

frailes las virtudes á cuyo culto han consagrado sus días. Es verdad que algunas sucumben, y que hasta la orden austera de Santa Teresa se ha relajado mucho; pero á lo menos no se ve el escandaloso desorden que profana tan amenudo los conventos de los hombres. Las mujeres tienen algunas veces debilidades, y los hombres frecuentemente vicios.

»Desde Quito se vá primero á Tumbamba, hallándose todas las posadas que se encuentran provistas de pan, de queso y de chicha. En seguida se atraviesan las ciudades cuyos nombres vamos á dar rápidamente.

»Machaque, á 0° 25' de latitud Sur, cuenta 2,200 habitantes, entre los cuales se encuentran 800 indios. El termómetro de Reaumur marca ordinariamente en esta población 6° sobre 0.

»Saquilisi 0° 50' 10'' de latitud Sur, tiene fábricas de camelote.

»Taquaso. Al salir de esta aldea se atraviesa un páramo de tres á cuatro leguas para llegar á Tigua. El país en que se eleva este caserío se halla cubierto de rebaños de carneros, cuya lana es muy estimada.

»Taguol 0° 53' latitud Sur, produce cañas de azúcar, haciéndose allí muchos dulces.

»Macuchimina es rico en minas, hallándose el país cortado por tantos precipicios y ríos, principalmente por el Yana, el Yacú y el Pilalo, que no se puede viajar por él sino en los hombros de los indios. Los bosques de Macuchimina dan quina en abundancia.

»Al salir de Pilalo se dirige uno á Ambato, hallándose el país que se atraviesa antes de llegar allí cubierto de arena, procedente de los volcanes de que se halla llena toda la comarca.

»Ambato es una bonita aldea; sus calles están tiradas á cordel; las casas que las adornan son agradables, y las que están lejos del centro de la aldea están rodeadas de un recinto de follaje formado de agaves, ciruelos, perales, de duraznillos y de otros muchos árboles frutales, aumentando la solidez de estos setos, y haciéndolos impenetrables algunos cactus cargados de cochinilla. Todas estas cabañas aisladas y ocultas detrás de cortinas de verdura y de flores, producen un efecto delicioso. Las iglesias son de madera y poco elevadas á causa de los temblores de tierra, habiendo sido asolado Ambato mas de una vez por este terrible azote. La numerosa y acomodada población se compone en gran parte de indios.

(Se continuará.)

ALMAS GEMELAS.

¿Qué tienes, dulce hermana?
respóndeme, ¿qué tienes?
¿por qué con la alegría
tu corazón padece?
¿por qué, dime, en tus ojos
brillan lágrimas siempre?
¿Qué pena te marchita?
¿Qué anhelo te entristece?
¿son bellas ilusiones
que realizar no puedes?
¿Quizá el deseo casto
de una pasión ardiente?...
Pero callas y lloras
porque no lo comprendes.
Hermana de mi alma,
pobre niña inocente,
en cuyos tristes ojos
la eternidad se lee,
igual es nuestro sino,
distinta nuestra suerte:
yo canto mis tristezas
con el semblante alegre,
aunque de pena amarga
mi corazón fallece:
tú callas y suspiras
que el porvenir presientes,
miras hacia los cielos
y de tristeza mueres.

JOSÉ VILLETÁ.

LA CAJA DE MIS PAPELES.

Pensando en no sé qué cosa, y sentado en la reja de mi habitación, me hallaba yo á las doce de una noche de verano.

No tenía sueño.

El pensamiento estaba muy lejos de mí.

La luz de la luna se proyectaba pálida y débil sobre la pared de la casa de enfrente.

El silencio lo dominaba todo.

De vez en cuando, la voz de alerta del centinela del castillo me recordaba que habían pasado ya quince minutos; quince minutos que se perdían en el pasado, y que el tiempo arrancaba de mi vida para entregarlos en brazos de la muerte.—¡Quince minutos en la edad de la juventud, en la edad del amor, de las esperanzas, de las ilusiones! ¡Cuántos darían quince días de su vida por cada quince minutos de la nuestra!

Si pudiéramos detener al tiempo, á ese invisible fantasma que atraviesa los siglos hundiéndose generaciones, precipitando en el olvido los mas grandes acontecimientos, y siempre indiferente á la desgracia, á la felicidad y al dolor!—¡Oh! quizá fuéramos entonces desgraciados.

Decía, pues, que el tiempo pasaba y yo no tenía sueño ni cigarros; y digo cigarros, porque sin ellos no hubiera podido escribir estos malos renglones.

Figuraos que metí la mano en el bolsillo, y que en vez de cigarros encontré papeles.

Al archivo; me dije, y fui á meterlos en la caja donde los conservo todos. Abrí ésta, y antes de dejar los papeles que tenía en la mano, empecé á leer los que había en la caja.

Es cosa triste una revista de papeles.

Lo primero que leí fue una carta que me hizo derramar lágrimas. Solo contenía cuatro renglones y decían:

«Mi salud es la misma, querido amigo. La esperanza de mi restablecimiento me abandona. Quizá no vuelva á abrazarte ni á escribirte. Recibe mi último adiós. Sea tu felicidad tan grande como el cariño que te profesa tu buen amigo.—Evaristo.—Baños de Panticosa 4 de julio de 1861.»

¡Pobre amigo mio!

Cinco días despues había muerto. La tísis cortó su vida, cuando volvía á su casa moribundo. ¡Todo acaba! ¡Todo desaparece!

Abrí otra carta y leí:

«Mi esposa ha dado á luz un niño, que puedes considerarlo como tu servidor. Le he puesto tu nombre, y con ello no he hecho mas que prolongar al hijo, el agradecimiento que te debe el padre. Te escribiré otro día. Siempre tuyo.—Mariano.»

Hé ahí el mundo, exclamé con tristeza. Uno se vá, otro viene. Y así en eterno movimiento, van pasando los siglos, las generaciones y todo.

Estraña casualidad era por cierto el haber tomado una despues de otra estas dos cartas.

Otra decía:

«Amigo mio: Este país es delicioso. Me divierto mucho. Solo siento que no estés á mi lado, para que tomes parte en mis alegrías. Todos buenos. Te quiere tu amigo.—R. S.—Cádiz, febrero 8 de 1860.»

Por último, despues que había leído ya algunas cartas de amigos que ahora aparentan no conocerme, hallé esta otra:

«Querido hijo: Cuida á tu madre. La muerte de tu hermana M... le aflige mucho, y si tú no la consuelas, Dios sabe lo que sucederá. Sé buen hijo, como es buena tu madre. Estudia siempre que puedas, y nunca olvides que el estudio es tu único porvenir y tu único patrimonio.—Tu padre.—Alicante 19 de octubre 1854.»

¡Madre mia! Solo tú me quieres en el mundo. Solo en tí no hay ingratitudes.

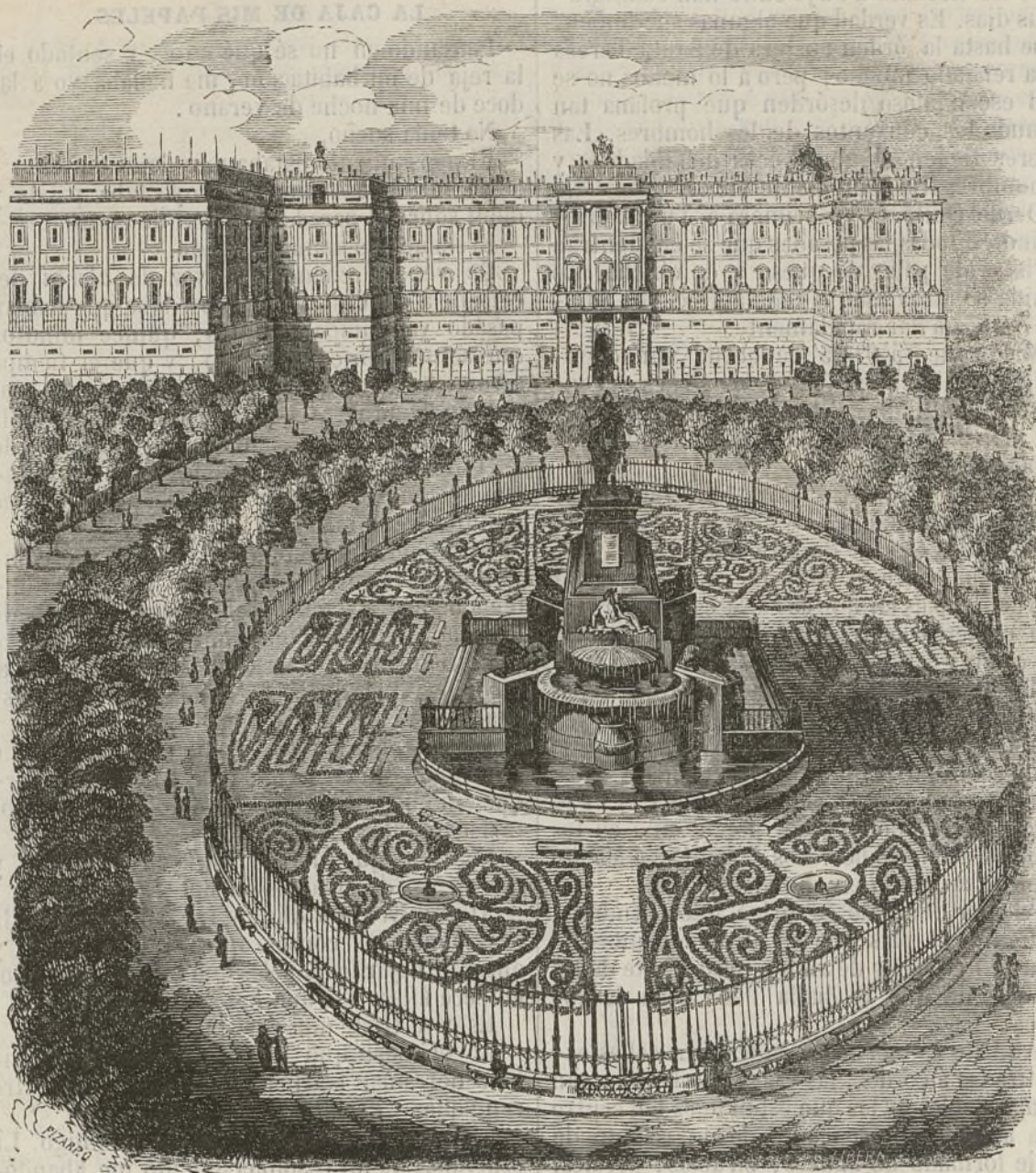
Esto es lo que dijo mi corazón á gritos.

Sí, madre mia, sí. En la tierra solo existe una mujer que nos ama.

Esa mujer eres tú.

Alicante.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.



VISTAS DE MADRID.—Plaza de Oriente.

LENGUAJE DEL ABANICO.

El abanico en las manos de una mujer, es tanto como los alambres eléctricos en poder de un telegrafista. Este, por medio del telégrafo, se entiende con las personas sin desplegar sus labios: aquellas, por medio del abanico, hablan con los hombres sin pronunciar una palabra. ¿En qué consiste, pues, el lenguaje del abanico? Oid:

La mujer que abre y cierra su abanico muchas veces y en un corto espacio de tiempo, ó tiene celos, ó se siente dominada por la cólera.

La que por el contrario, lo abre y lo cierra con mucha pausa, es porque observa con indiferencia á los que la miran.

La que lo cierra de golpe y con rabia, indica desden.

La que se entretiene en jugar con sus varillas, amor hácia el que la mira.

La que estando abanicándose fija de repente sus ojos en las pinturas del país, da una cita á su amante por medio de esta seña: contando despues las varillas se indica la hora.

La que lo mantiene cerrado durante unos instantes y despues se abanica muy despacio, quiere dar á entender que su corazón está ocupado.

La que despues de mirar á un hombre se abanica muy de prisa, indica que le ama.

La que lo lleva cerrado y en vez de tomarle por la union de las varillas, lo coge por el

lado opuesto, da á entender á los que la miran que no tiene amante.

El hombre declara su amor á la mujer entregándole el abanico entreabierto. Si ella lo abre del todo, indica que corresponde á su cariño; pero si lo cierra, manifiesta claramente que no le ama.

Cuando el abanico se da por las varillas, significa amistad: por el lado opuesto, odio.

Todas estas observaciones nos han sido comunicadas en secreto, por una niña, y nosotros se las referimos, tambien en secreto, á nuestros lectores, para cumplir la palabra que la hemos dado.

Á INOCENCIA.

Ayer por primera vez
te conocí, y no te asombre,
si en tu sonrosada tez
pudo mi esperta vejez
ver la virtud de tu nombre.

Hoy contemplo con dolor
que es bastante un solo día
para agostar una flor,
y que al perder tu candor
voló tu dicha y la mía.

Al verte ayer tan lozana
y hoy al ver tu desventura
comprendo, mujer liviana,
por tu presente amargura
tu amargura de mañana.

V. M. DE CARVAJAL.

TEATROS.

Hace ya mucho tiempo que prometí á mis lectores una revista del coliseo de Oriente, dedicando á ella un largo artículo; en verdad que al decirlo que el asunto lo merecía, me equivoqué de medio á medio. «El teatro Real, dice la gente, está mal, y necesita una gran variación.» La Lagrange envejece; la Char-ton ha envejecido; la simpática Borghi-Mamo es la única que agrada al público madrileño, que la aplaude en cuantas óperas canta. De esto resulta que habiendo dos primeras tiples que no gustan, se oigan continuamente las palabras que he apuntado. Nicolini y Fraschini han seguido dando pruebas de su talento artístico, así como Giraltoni y Bouché. — En estos días han debutado la Spezzia y Aldighieri con bastante éxito.

Se ha estrenado en el Circo la pieza en un acto del señor don José Gonzalez de Tejada, titulada *La novia de Marte*. El público ha aplaudido justamente al autor, llamándole á la escena. Lástima es que el enredo concluya á la mitad, haciendo que se pierda el interés mientras empieza el segundo enredo con que termina. A pesar de todo, felicito sinceramente al señor Tejada, que siempre escribe con tanta corrección y gracejo. — El beneficio del señor Arjona (don Joaquín) con *Un banquero*, drama arreglado del francés, por don Juan del Peral, estuvo brillante. La obra á pesar de sus defectos de la escuela francesa, es buena y gustó al público.

Variedades ha cerrado sus puertas á la comedia colocando en su lugar los espectáculos de prestidigitación de Mlle. Benita Anguinet, que haciendo trampas con suma limpieza, entretiene al público durante tres horas cada noche, en que el teatro se llena por completo.

El *Príncipe* ha dejado de representar *Venganza catalana*. Hace pocos días tuvo lugar el beneficio de Adela Alvarez con la producción del señor García Gutiérrez. Estuvo concurridísimo, y el público aplaudió, como siempre, á la beneficiada.

En la *Zarzuela* siguen las representaciones de *Los Dioses del Olimpo*; esta obra atrae mucha gente: ¿sabeis por qué? Pues no es porque el libro es chistoso, ni la música de Offenbach eminentemente clásica, ni las decoraciones fantásticas y divinas; es porque el sexo femenino en la mitología nos enseña las piernas sin rebozo, y todos, hombres y diablos acudimos á la esposición; y eso que dicen que aquí no se visten como en Francia.

Novedades ha anunciado que se suspenden (por ahora) las representaciones de *Los habitantes de la Luna*; ha hecho bien, porque Guerra y la Rodríguez lo hacían muy mal. *La vaquera de la Finojosa* y *Luis Onceno* han sustituido á la magia, y se espera el beneficio de Guerra para conocer el ya anunciado drama NUEVO en tres actos y en verso, original de un aplaudido escritor titulado pobres y ricos.

ROBERTO EL DIABLO.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. — Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. — Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doñao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.